

Del Éros heleno al Éros cristiano

Por

el Obispo Iosif de Pátara

De acuerdo a la concepción de la literatura mítica y de la filosofía helena, el alma (*Psiqué*) y el amor (Eros) se entrelazan en un juego de amor y odio, vida y muerte, en la perfecta armonía de la paradoja. El amor se enamora de la belleza del alma. El alma del sentimiento del Eros, pues no lo conoce. Eros se esconde, el alma lo busca, tiene sed de él, quiere descubrirlo. Siente felicidad, se siente infinitamente complacida, contenida y, a la misma vez, plenamente sola, en la ausencia de quien está siempre presente. Pero Eros se esconde, se ha disfrazado, oculta quien en verdad es.

El destino, fuerza que rige desde arriba hacia abajo las cosas perecederas, no obstante, controla de acuerdo al capricho de los dioses todas las cosas: el oráculo ha dado su última palabra, y nada hay para cambiar, aún en la esfera de las libertades personales. Pero Eros -dios y demonio, hombre y ángel- se burla de la sentencia del “destino” – τό πεπρωμένον- para poder llevar a cabo su objetivo. El alma, sin conocer los designios del destino, se dispone a obedecer los dictámenes de los dioses. Eros, en cambio, se propone deshacer los mandatos de los dioses. Eros ama y por ello es capaz de modificar los planes que los dioses han realizado para *Psiqué*. Ésta sin conocer “lo del más allá” vive -como viven los mortales- en completo desconocimiento de las cosas superiores, con una libertad sumergida en las tinieblas de un destino que se desarrolla sin un fin aparentemente concreto. *Psiqué* no conoce, no ve, no posee la capacidad, pues es humana. Eros juega con los de arriba y con los de abajo, pues es un puente entre las cosas de arriba y de abajo, entre lo trascendente y lo mundano.

En este mito, como en todos los mitos helenos, se entrelazan los mortales humanos con los inmortales divinos. El enlace se sintetiza en la fuerza del destino, la cual no se puede evadir, la cual padece cada mortal en su limitada libertad -ἐλευθερία. Pero es esta fuerza regida por los de arriba - quienes interfieren de acuerdo a su deseo en la vida de los de abajo- el vínculo más misterioso y secreto entre el cielo y la tierra. En esta situación es el cielo el que juega el papel preponderante y absorbe la aparente libertad de los hombres. Los mortales sólo son una expresión visible y palpable del mismo destino. El mortal es, pues, un elemento pasivo en este sistema. Lo creativo, lo activo, se identifica con el poder de los dioses, que lo comunican a los de abajo según su propio deseo, pues los dioses, paradójicamente también desean. En

ellos, de acuerdo a la visión helena, se produce la verdadera unidad ontológica entre lo terreno y lo celestial.

Los dioses combinan en su estructura ontológica elementos humanos y divinos, capacidades terrenas y celestiales: las pasiones de los hombres como así también las virtudes de las alturas; las debilidades de los terrenos y los poderes de los inmortales. Por ello su mundo no deja de asemejarse al mundo de los de abajo. No es su mundo un mundo autónomo, sino que se mantiene en plena dependencia del mundo de abajo, pues lo domina.

De esta forma, Eros, por ser una divinidad, domina tanto sobre la esfera cósmica como así también sobre la esfera existencial¹, es decir que constituye algo que es divino y por ende da movimiento a la vida misma. Sócrates en el “Simpósion” de Platón describe a Éros como δαίμων (daímon: demonio) es decir como una existencia entre lo terrenal y lo celestial².

Con estos elementos que escuetamente hemos especificado podemos tomar una idea de la concepción ontológica que los antiguos helenos tenían del Eros. Este *Eros-daímon*, conjuntamente con las otras divinidades, han de ser los encargados de armar y desarmar el rompecabezas de la vida de los de abajo, y conforme las piezas son movidas a su antojo, se ha de desarrollar la vida en las alturas. El juego es complejo, pues conforme se realiza la vida de los mortales, así se desarrolla el curso de la vida de los dioses, en esta completa dependencia analógicamente existencial de los dos mundos.

El alma y el amor se unen en este juego de pasiones, potencias y debilidades: es el juego de la vida misma, de la existencia misma que se desarrolla en un círculo infinito. Como antes se especificó, este Eros es una existencia divina y demoníaca³ a la misma vez: domina y es dominado; es débil y fuerte a la misma vez: capaz e impotente, se hace partícipe del juego de la vida en las alturas y en la tierra: pero como antes mencionamos, este es juego un círculo sin fin y, por ende, sin salida. Y es este Eros producto y partícipe de este círculo estático.

¹. N. ΜΑΤΣΟΥΚΑ, *Τό πρόβλημα τοῦ κακοῦ, Πουρναρά*, Θεσσαλονίκη, 1992. pag 139-140.

². ΠΛΑΤΩΝΟΣ, *Συμπόσιον*, 202e, 203^a.

³. Demoníaco según la concepción helena y no cristiana.



La concepción cristiana oriental ha de utilizar los elementos arriba mencionados a fin de darles un sentido pleno, pues necesariamente los relaciona con la única realidad que es la *relación entre el Increado y el creado*. De esta forma, el concepto del Eros mítico heleno adquiere su máximo y real significado a través de la literatura cristiana.

Se procede así, a través de la divina revelación, a la *desmitificación* de una realidad procesada por el pensamiento de los hombres. He aquí que el Apocalipsis pleno del divino amor -del divino Eros- concede a este concepto su significado más profundo, creativo y pleno.

En primer lugar, menester es aclarar que, de acuerdo a la concepción cristiana oriental, el ser Increado, el Dios Uni-Trino, y su creación de la nada, son los dos componentes de una única realidad que excluye cada forma de maniqueísmo. Estos dos elementos –el Increado (Dios) y el creado (cosmos) se unen en una relación energética, activa, creativa, y en consecuencia, por excelencia erótica.

Erótica, sí, pues la divina energía movida por este impulso incontenible de Dios de amar, se plasma en la energía y acción divinas, que necesariamente han de ser creativas y deificantes. El resultado del Eros divino es la creación, producto de la divina energía y necesariamente permeable a ésta, llevando inexorablemente su estigma, o si se quiere su divino y primigenio carácter.

Y si el hombre es el cenit de la creación es necesario sea creado a imagen y según la semejanza de su Creador: creado desde el divino Eros *hacia y para* el divino Ágape. Y todo esto en la más perfecta de las libertades, consecuencia del carácter divino implantado en su estructura ontológica.

Es precisamente por esto que esta creación fluctuante entre la nada y la plenitud de su existencia tiende incesante y naturalmente hacia su divino *Demiurgo* a causa de esta fuerza innata, incontrolable e insaciable, es decir por la fuerza del Eros impresa en su ontológica estructura.

Por esta fuerza erótica el ser creado desea a su Creador. Es esta fuerza la que conduce la creación a la plenitud de todos los valores que es Dios: al respecto Nikos Matsoukas expresa con gran precisión:

*“consecuentemente Eros es la fuerza y voluntad invencible hacia la vida y la plenitud de la realidad biológica y personal”.*⁴

A través de este Eros, la creación de la nada es impulsada fisiológicamente a elevarse incesantemente hacia la plenitud de la existencia. Es una fuerza necesaria, pues, de otra forma el creado se dirige hacia el polo opuesto, es decir la nada. Expuesto con otras palabras, la fuerza y la pasión erótica son el remedio a la desaparición, a la disolución, a la exterminación, las cuales son también una posibilidad de desarrollo –en este caso inverso- del hombre, quien la elige o no de acuerdo a su auto-soberanía.

En este punto se confrontan muerte y Eros. Y son estos los dos polos entre los cuales se bambolea la existencia de la creación. ¿Es entonces el amor la cura de la muerte? Eros es activo, mientras que la muerte pasiva; fuerza creativa y no destructiva como la disolución. A través del Eros el ser creado se eleva hacia su Creador que lo espera como el amado espera a la amada. Es tan intensa esta fuerza que no se puede evadir, no se puede ocultar, aún reprimida, aún degenerada y conducida hacia la nada. Para el ser creado Dios es por excelencia el único *Amado-Amante* – y viceversa, claro. Es este deseo el que lo salva de la disolución y la nada. San Máximo el confesor se refiere al Éros diciendo:

*“A lo Divino los teólogos algunas veces llaman Eros, otras Ágape; otras veces Amante y otras Amado. De lo cual, de ser Eros hacia el ágape se conduce. Como Amante y Amado conduce hacia sí todo lo receptivo del Ágape y del Eros.”*⁵

Lo Divino atrae hacia sí mismo la fuerza erótica del enamorado y la recibe dando a cambio la existencia en plenitud: este es el fruto del amor. Teológicamente se hace evidente la consecuente distinción: *Ex parte Dei*, este Eros es una fuerza vital, la voluntad divina primigenia cuya meta es la creación y su trascendencia hacia lo absoluto, hacia sí misma: estamos, pues, refiriéndonos a la misma energía increada. *Ex parte hominis*, sin embargo, es la ontológica receptividad como *análogo-invertido* –en cuanto a la pasividad- de la divina energía.

Es, pues, este *Eros-Demiurgo* la fuerza que paradójicamente sale de sí misma como potencia incontenible de amor para crear un ser necesariamente libre y atraerlo -no sin su libertad- desde la nada a las cimas de la divinidad a través del mismo ya identificado con su libertad; es un círculo que tiene comienzo y fin: la Unidad Tris-hipostática.

⁴ N. MATΣΟΥΚΑ,. Op.cit., pag 133.

⁵ San Máximos el Confesor, “Diversos Capítulos Teológicos y Económicos”. PG 90, 1384 BC.

Como se puede observar, las visiones helenas y cristianas de las realidades creativas y soteriológicas se diversifican de manera explícita. Dios –el Increado- no es consubstancial al producto de su creación. Son dos componentes de una misma realidad que coexiste pero que solo depende, claro está, *ex parte hominis*. Dios no depende de su creación pues es por excelencia el *Libre y Liberal*. La relación no es lúdica -mítica-, ni aún ética como en la concepción cristiana occidental: Dios y el hombre –y el cosmos- se relacionan energéticamente –erótica y amorosamente- en una simbiosis provisional –económica⁶- que no anula la libertad del creado por un destino que la coacciona, más bien la exalta y la perfecciona infinitamente. Por ello, el poder de Dios que abraza a todo ser con su energía -aún cuando éste haya elegido dirigirse al polo opuesto, a la nada- es proporcionalmente análogo a su poderío y a su justicia.

En esta concepción no hay destino implacable, hay más bien divina Economía, o como se refiere el Occidente cristiano, divina providencia: el erótico éxtasis de Dios en sí mismo y hacia la creación que conduce todo hacia sí mismo, centro de la existencia: apertura plena, creatividad sin límites, perfección infinita.

Por último, la percepción que los helenos tienen de la realidad es un drama regido por un destino que coacciona desde arriba hacia abajo las libertades de quienes desean escapar de un sistema que es arbitrario, pues impone las leyes a los hombres pero que, en último análisis, las impone consecuentemente también al Panteón, pues sus existencias dependen del curso de la vida de los mortales. Es un drama sin principio ni fin -caótico- en un orden que es impuesto, -no por amor- sino por simple coacción.

La realidad que percibe la teología oriental es diferente: drama, sí, pues es un continuo avanzar y retroceder en una red existencial-energética en donde interactúan energías positivas y negativas, desde la nada hacia el Ser, desde el Eros hacia el Ágape divino, siempre en la plena libertad de desaparecer o hacerse *Dioses*⁷ por la divina gracia, pero siempre con un final abierto para cada uno de nosotros de acuerdo a lo que elige amar:

⁶. Θεία Οικονομία: La Divina Providencia. Es por ello que en el Oriente utilizamos el nombre economía o el epíteto económico para referirse a la acción de las divinas energías sobre el creado de acuerdo al arcano y secreto designio.

⁷. Jn. 10: 34-36 ³⁴Jesús les respondió: *¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?*

“Bienaventurado aquel que ha conseguido este Eros hacia Dios, Quien, como maníaco amante hacia su amada se lanza. El que verdaderamente ama, el rostro del amado contempla, y en su interior interiormente se recrea éste”.

Juán Sinatía, *Escala*, PG 88, 1156C